

Amores casi imposibles

Hay amores que matan, como por ejemplo los de Melibea o Julieta. Otros hieren simplemente y la agonía se alarga durante un largo período de tiempo hasta que la muerte arregla el tema. Los hay que dan risa. Algunos dan pena. Otros son del montón. Los hay trascendentales y también sin pizca de interés. En definitiva, hay amores para todos los gustos. Uno de ellos, y a gusto de bastante personal, es el del detective David y su jefe, que en este caso es "jefa".

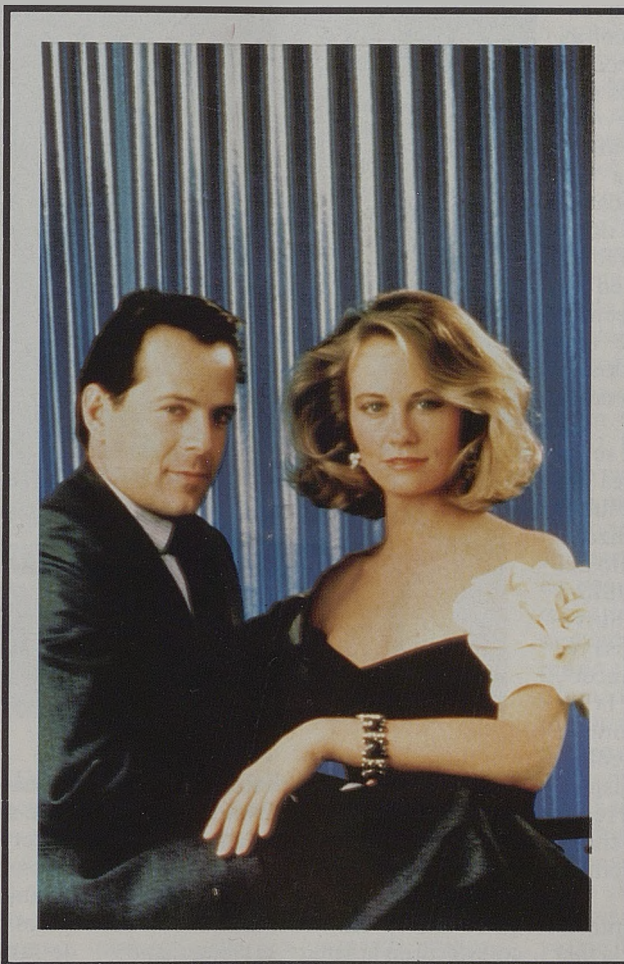
Dentro del catálogo antes expuesto me atrevería a decir que es un amor (el que entre ambos se interpone) casi imposible. Los amores imposibles pertenecen a la tragedia, los posibles al drama (pocas cosas más dramáticas en este mundo que diariamente pateamos que un amor posible), los casi imposibles a la comedia.

Esta es asimismo la parte más falsa de esa representación de la realidad que es el teatro. La comedia impone un final feliz a partir de toda una serie de horrores, cuando todos hemos comprobado que toda una serie de horrores en cadena llevan irremisiblemente a un final tan amargo como la parte posterior de los pepinos.

Pues bien, nuestros protagonistas de "Luz de luna" viven entre amores de comedia. Se odian horrorosamente, discuten groseramente, bufan como bisontes, y al final, cada cierto tiempo, las cosas casi terminan bien. Casi se besan, casi se juntan, casi se casan, casi se quieren. Pero no. La comedia no termina de cuajar y también es una comedia casi imposible.

El asunto, parece ser, comenzó de forma experimental. Un puñado de capítulos. La cosa gustó y se realizó una segunda parte que complicaba más el asunto, de forma que fue un "sí no

es" que dejó la miel en los labios. Ahora se promete un desenlace que juega con todos los elementos del suspense y que a todos nos va a suspender, porque nos vamos a quedar de nuevo en el caso, en esa ambigüedad del querer y no poder, de la realidad deformada por los finales felices impuestos, no queridos y al final adaptados al suelo donde nues-



tros pies han de asentarse plúmbeamente.

Porque el final feliz es un sueño, y los sueños (quieren que nos enteremos bien), sueños son.

Cuando uno deja el tenedor a medio camino de la boca, embelesado ante el baile nupcial del detective macho ante la jefa hembra, espera ser recompensa-

do con el final feliz que toda comedia tiene la obligación de brindar, que para eso se paga el tinglado de la farsa. Y aquí no ocurre.

Los contempladores de hazañas ajenas a través del cristalito doméstico queremos ser recompensados de nuestros disgustos económicos y amorosos diarios y, por eso mismo, exigimos comedias puras y redondas, con su perfecto final feliz. Y aquí nos lo niegan. Queremos amores imposibles. Esos amores que sólo se dan en la pantalla diaria.

Esos amores dorados, brillantes, eternos, jóvenes, dulces como todo lo que Hollywood produce. Y si esto nos lo niegan, queremos barro, hambre, miseria, sangre, violencia... porque así, cuando la representación termina, nos sentimos aliviados y con enormes ganas de seguir trabajando doce horas diarias por poco más que el pan para subsistir. El mal que en la pantalla se nos muestra nos sirve de lección para darnos cuenta de lo agradecidos que hemos de estar por vivir en las mejores de las circunstancias posibles para nosotros.

Y es por eso por lo que los amores casi imposibles de nuestra chispeante pareja nos dejan muy mal sabor de boca. No son trigo limpio. Nos dejan con un desconcierto que nos abrumba y sume en la duda y la melancolía. No queremos esa ambigüedad. No la necesitamos. Sus dudas aumentan las nuestras. Sus disputas en-

crespan nuestros ánimos y sus posteriores arrumacos nos desequilibran de tal forma que más pronto o más tarde, terminamos cambiando de cadena. Y cuando uno cambia de una cadena a la otra es porque no le interesa ninguna de las dos. En definitiva, queremos amores imposibles. Los tiempos no están para andarse por las ramas.